

ciones y abandonando así de un solo golpe la política de los últimos catorce años, el camino medio entre la extrema derecha y la extrema izquierda. No hay que admirarse, pues, del extravío general de los ánimos ahora que ya no tenemos el imperio ni existe todavía el régimen parlamentario (1).»

El emperador se lisonjeó durante mucho tiempo con la esperanza de que contra él personalmente no se mostraba animadversión; y entre los papeles encontrados en las Tullerías se ha descubierto el borrador de un artículo de periódico escrito por la mano del emperador y destinado probablemente a la *Époque*, al *Peuple* ó al *Dix Décembre*, cuyos tres periódicos subvencionaba Napoleón de su bolsillo particular (2). En este borrador se decía: «Es incontestable el



Julio Grevy (según una litografía hecha en 1877 por Lafosse)

hecho de que el emperador continúa siendo tan popular como hace quince años; pero no lo es su gobierno, porque los representantes del poder en lugar de imitar la benevolencia extraordinaria, la modestia y sencillez del emperador, se han envanecido á consecuencia del poder que se les ha otorgado; no han seguido la corriente de las ideas del pueblo y no se han cuidado suficientemente de sus intereses. La administración ha continuado como en el tiempo de Luis Felipe, siendo insolente y rutinaria. Los prefectos han querido ser bajáes é imponer al pueblo su voluntad. Siendo el gobierno del emperador el mas honrado que ha habido jamás, se ha dejado dominar por personas que sin ser gobierno tenían relaciones con él y lo comprometieron con sus especulaciones. La prensa, en lugar de velar sobre la conducta de los funcionarios del gobierno, ha sido servil y díscola. Nosotros, fieles al emperador sin reserva, queremos servirle, pero sin cerrar los ojos. Queremos censurar lo que merece censura y tener el valor de manifestar nuestra opinion sobre personas y cosas; alabaremos solo lo que sea bueno é ilustraremos al gobierno sobre lo que necesite saber.» No puede ser mayor la ironía inconsciente del absolutismo cuando el emperador promete en nombre de un periódico dependiente de él, es decir, que se promete á sí mismo, ilustrarse sobre lo que es menes-

(1) *Papiers secrets*, pág. 7.
(2) *Papiers secrets*, pág. 219.

ter que sepa. ¡Cuánto mas útil hubiera sido dejar este trabajo á la prensa y á la cámara, concediéndoles completa libertad de manifestar sus opiniones! En lugar de esto, el emperador y las personas mas notables, siguiendo el impulso de los que les rodeaban, abandonaron el camino emprendido, ya á consecuencia de las descripciones desfiguradas publicadas por algunos periódicos de la oposicion acerca de los congresos socialistas y de amigos de la paz de Lausana y Ginebra, y en parte del congreso católico de Mecheln, ya por efecto de las manifestaciones tumultuosas del 2 y 4 de noviembre junto al sepulcro de Cavaignac y junto á la *Porte Saint-Martin*. Se necesitaban ciertamente nervios muy robustos para aceptar sin perder la calma los ataques y sarcasmos á los cuales se atrevieron Rochefort, Ulbach y otros periodistas en el *Figaro*, en el *Temps* y en otros periódicos. Mas punzantes eran todavía los artículos publicados por Prevost-Paradol, el Rochefort de los salones, en el *Courrier du Dimanche* y en el *Journal des Debats*, cuyos artículos en lugar de enlodar á los autores y á sus víctimas, herían á éstas como se hiera á una persona con guijarros duros y cortantes, de los cuales el citado periodista publicó una coleccion con un prólogo que podia compararse con una «mezcla de ácido sulfúrico y de vino de Champagne.» Estas manifestaciones hostiles no podían ser reducidas al silencio persiguiéndolas, y el único medio para sobreponerse á ellas era aceptar la lucha en el terreno de la publicidad. Verdad es que sucumbiendo en esta lucha sucumbia también el imperio; pero éste estaba perdido del mismo modo si se permitía al veneno extenderse ocultamente, sin hacer siquiera una tentativa para luchar contra la desvergüenza con las armas de la libertad.

Así empezó la nueva legislatura, que se abrió en 18 de noviembre de 1867. El emperador habló en tono hasta cierto grado meticoloso ante los peligros que indudablemente encerraban los dos proyectos de ley sobre la prensa y el derecho de reunion; pero aseguró que atendidos el buen espíritu de la nacion y la energía del gobierno, podrían aprobarse los dos proyectos, y que en cuanto á su valor y fe en el porvenir del imperio, no era posible conmovérselos con resistencias ni obstáculos. Esto probaba que el emperador continuaba en actitud favorable á las reformas que habia concertado con Ollivier, por manera que las esperanzas de los arcadios quedaron en este punto desvanecidas; pero tanto mas grato fué para ellos que el proyecto de ley del ejército fuese retirado, como lo fué en su forma primitiva, y publicado de nuevo redactado en términos muy poco diferentes de las bases de la ley militar de 1832. La política italiana del emperador resultó también enteramente conforme con la opinion de la mayoría, y cuando Rouher en la sesion del 5 de diciembre hubo pronunciado su célebre «jamás» prometiendo constante proteccion al Papa, le recompensó un aplauso atronador y el paso al orden del dia, que, como habia pedido Rouher, dió al gobierno un brillante voto de confianza por 237 votos de un total de 254. No fué muy grato al emperador el período de esta legislatura; Rouher habia ido demasiado lejos en sus explicaciones, y además habia cedido á las instancias de Thiers y de Berryer, que le habian obligado casi á la fuerza á pronunciar su «jamás» lo que hizo decir á Napoleón que este suceso dejaba restablecido en realidad el régimen parlamentario (3). Ya hemos dicho cómo se expresó Persigny con este motivo, y era indudable que triunfos de esta clase mas conmovían que robustecían la autoridad del gobierno.

El destino que aguardaba á las leyes sobre la prensa y la libertad de reunion, conmovió la opinion pública mucho

(3) Darimon: *Douze ans*, pág. 293.

mas que los otros debates en el senado y en el cuerpo legislativo. Estas dos leyes fueron aplazadas de semana en semana, y cuando finalmente fué puesta al orden del dia del cuerpo legislativo en 29 de enero de 1868 la ley sobre la prensa, bien podia preguntarse á favor de quién se iba á poner á discusion esta ley. La oposicion, por boca de Julio Simon, declaró rotundamente: «Votaremos la aprobacion de esta ley porque es preferible á la ley anterior; pero estamos perfectamente de acuerdo en que no vale tampoco nada.» Granier de Cassagnac preguntó á la mayoría: «¿Para quién hacemos esta ley? La mayoría no la pide y la oposicion la combate hasta el último extremo; por esto seria mejor aplazar la resolucion por tiempo indeterminado.» Sabidas las relaciones estrechas de este orador con Rouher, y no ignorándose que en muchas sesiones del ministerio y hasta del consejo secreto se habia meditado la cuestion de si el gobierno renunciaria al fin á esta ley, pidió el ponente Nogent Saint-Laurens una explicacion definitiva de las intenciones del ministerio; pero se le contestó en un discurso muy revesado de Baroche que el triunfo ó el fracaso del proyecto de ley dependeria del voto de la cámara; con lo cual comprendió la mayoría, con gran satisfaccion suya, que se le daba permiso para rechazar la ley. Sin embargo, no estaba muy segura de haber obtenido este permiso, por lo cual el baron de Benoist al mostrarse decidido en la sesion del 4 de febrero á aceptar la ley, lo hizo con la reserva de que el gobierno, en caso de ser votada, pudiese garantizar la tranquilidad y el orden (1). Hasta el último momento se hicieron esfuerzos para impedir la aprobacion de esta ley. Una diputacion de la prensa de provincias expuso al emperador que quedaria arruinada si se permitiera á la oposicion fundar nuevos periódicos en todos los departamentos (2), y en una sesion del ministerio y del consejo secreto se recomendó á la mayoría que no hiciese sino una defensa débil de la ley y se resolvió dar á entender indirectamente que el gobierno dejaba á sus partidarios libres de rechazarla; pero el emperador se opuso á esta conducta, diciendo que habia dado su palabra y que era cuestion de honor el cumplirla. Rouher hizo un último esfuerzo, atemorizado por las amenazas de la derecha, para que el emperador renunciase á esta ley presentando su dimision; pero cedió á las instancias de Napoleón y de su esposa para que retirase la dimision y apoyara francamente el proyecto presentado. Su argumentacion principal fué el deseo de la opinion pública, y dijo: «No vivimos ya en aquel tiempo en que el peligro de la patria exigía el establecimiento del imperio. Nuevas generaciones han reemplazado á las viejas. De los ocho millones y medio de electores que crearon el imperio, cuatro millones descansan debajo de tierra; desde 1852 figuran en las listas cuatro millones de electores nuevos. A estos nuevos electores son extraños nuestros recuerdos y nuestra experiencia y les anima una nueva pasion: piden libertades mas extensas.» Con este discurso quedó decidido el asunto. Cuando la derecha vió que no se le daba ya libertad para rechazar la ley votó como un solo hombre á su favor ó se abstuvo, y solo siete miembros, entre los cuales se hallaba Granier de Cassagnac, rechazaron el artículo primero y mas importante de la ley, que permitía la fundacion de un periódico sin autorizacion previa del gobierno. En los artículos siguientes hubo también debates bastante vivos; pero en general fué adoptada la ley conforme al proyecto, siendo sus disposiciones mas importantes las que quitaban al gobierno el derecho de suspender ó suprimir periódicos, limitando el derecho de se-

(1) Véase Maupas, tomo II, pág. 228.
(2) Darimon: *Les Irreconciliables*, pág. 183.

llo para Paris y sus inmediaciones á cinco céntimos y para el resto del país á dos céntimos. Se prohibía la insercion de artículos de personas desterradas de Francia ó privadas de sus derechos civiles ó políticos; se penaba toda contravencion con grandes multas, y se castigaban las noticias sobre la vida privada si las personas interesadas exigían el castigo. Toda discusion de la constitucion vigente quedaba también prohibida, y por sentencia del tribunal podían pronunciarse en ciertos casos la suspension ó la supresion de periódicos. En la votacion final del 8 de marzo fué aprobada la ley por 230 votos contra 12. También en el senado se hizo una tentativa todavía para rechazar la ley, siendo Maupas el que recomendó devolver el proyecto al cuerpo legislativo.



Leon Gambetta (según una litografía hecha en 1876 por Lafosse)

En su concepto no debía empezarse la reforma por la libertad de la prensa, sino por ensanchar los derechos de las cámaras; la libertad de la prensa debía ser el remate de la reforma. Entre los oradores que hablaron contra la ley se distinguió el hermano del difunto mariscal Saint-Arnaud con sus ataques sarcásticos contra Rouher, al cual obligó á tomar la palabra. Habiendo declarado Rouher que el emperador no podia retirar su promesa y que el senado debía expresar su confianza por medio de la aceptacion de la ley, propuso el mariscal Vaillant la conclusion de los debates, y la ley fué aprobada por 94 votos contra 23.

La ley sobre la libertad de reunion permitía, sin autorizacion previa del gobierno, las reuniones en las cuales no se tratara de política ni de religion, aunque fuesen de mas de veinte personas; pero daba á los prefectos la facultad de suspender las reuniones anunciadas siempre que la seguridad pública se viese amenazada. Durante los períodos electorales se permitían también reuniones políticas, pero admitiendo en estas reuniones solo á los electores del distrito. Por manera que las libertades concedidas eran muy modestas.

En el cuerpo legislativo no encontró gran oposicion este proyecto de ley por ser considerado como una consecuencia de la ley sobre la prensa. Durante algun tiempo se habia esperado que el gobierno renunciaria á esta ley una vez

aceptada la de la prensa; pero viendo que no se confirmaba esta suposición, se rindió la mayoría y aprobó la ley el 25 de marzo por 212 votos contra 22. En el senado se consiguió pasarla á una comision, que recomendó por seis votos contra cuatro rechazar la ley y nombró ponente á Maupas. Al recibir esta noticia Troplong, que se habia ausentado con licencia, corrió á París para ocupar su puesto de presidente de la comision y logró que uno de sus individuos cambiara su voto, quedando admitida por la comision la ley por seis votos contra cinco y dimitiendo Maupas su cargo de ponente. Maupas defendió en la discusion final la devolución del proyecto al cuerpo legislativo, protestando contra el cargo de profesar opiniones reaccionarias y recomendando reformas parlamentarias; pero la mayoría permaneció fiel al gobierno, sin embargo de que de 111 votantes presentes, votaron contra la ley 24 (1).

Era natural que al amparo de las nuevas leyes se dirigiesen violentos ataques al imperio, y si bien los tribunales hicieron uso vigoroso de la sancion penal impuesta por la ley, tanto que en las primeras dos semanas despues de su promulgacion se habian condenado ya tres redactores á 5,000 francos de multa cada uno, no escarmentaron los periódicos, sino que se hicieron mas cautelosos, además de que entre los opositoristas no eran juzgadas estas condenas como castigos, sino como distinciones. Fué un hecho muy notable que desde la promulgacion de las nuevas leyes se dirigiera el interés público con una viveza desconocida hasta entonces á recordar y examinar los sucesos de 1851 y 1852. El libro de Eugenio Tenot, *La Province en Décembre 1851*, habia sido acogido con indiferencia, segun confesaron el mismo Tenot y sus amigos (2); pero en agosto de 1868 la continuacion de este libro, que se publicó con el título: *Paris en Décembre 1851*, excitó el mayor interés y originó pronto la publicacion de otros escritos análogos, como el de Delescluze: *Voyage d'un transporté*; el de Vallés, *Un Chapitre inédit du 2 Décembre*; el de Barbier, *Trois passions*; el de la señora Quinet, *Mémoires d'exil*, y otros. Durante los años anteriores no se habia mencionado el 2 de diciembre, segun asegura Darimon, sino dos veces en el cuerpo legislativo; pero desde la publicacion de las nuevas leyes se citaba esta fecha en todas partes, siendo motivo de incesantes acusaciones y alusiones. Enrique Rochefort adquirió de un solo golpe una asombrosa popularidad con dirigir sus saetas mas envenenadas en el primer número de su *Lanterne*, publicado en 1.º de mayo de 1868. La venta de este periódico fué enorme, y About aseguró en el *Gaulois* que el editor habia ganado en la *Lanterne*, en el poco tiempo de su existencia, 300,000 francos. Los primeros dos números no fueron perseguidos, pero despues fueron embargados los siguientes y el tribunal condenó á Rochefort en 26 de agosto á trece meses de cárcel y 10,000 francos de multa. Rochefort se libró de la pena de cárcel huyendo y publicó en adelante su periódico en Bruselas, aumentando todavía la malignidad de sus ataques, si bien eran al mismo tiempo mas groseros y mas bajos. El carácter personal de Rochefort, su falta completa de seriedad moral y de madurez política, su afición al escándalo, al dinero y á los placeres materiales, no eran bastante conocidos entonces para que pudiesen perjudicar á su popularidad en una gran parte del público. En general se admiraba su valor, se exageraba su talento, y se creía haber ganado en él un brillante adalid contra el imperio; pero á la larga se hizo monótono, cansó y se apagó aquel fuego graneado de agudezas y malignidad

(1) Maupas, tomo II, pág. 282.

(2) Darimon: *Douze ans*, pág. 328.

fundado en gran parte en mentiras y calumnias, por grande é inagotable que fuese el talento de Rochefort para alusiones de doble sentido. Ataques análogos publicados por Luis Ulbach en la *Cloche*, furiosas embestidas que Delescluze en el *Reveil* y otros escritores democráticos dirigieron en la *Marseillaise*, en el *Rappel* y en otros periódicos de nueva fundacion contra el imperio, generalizaron la lucha y molestaron cada vez mas á los amigos de las Tullerías. Fué bastante característico que despues de la supresion de la autorizacion prévia no se fundaran nuevos diarios políticos de carácter serio, pues los periódicos fundados nuevamente fueron en su mayoría semanales, que cultivaban únicamente el género satírico y la calumnia, y resumian con satisfaccion especial todas las quejas fundadas ó infundadas que se dirigian contra los actos del gobierno, aprovechando tambien el material que ofrecia la política extranjera para aumentar el descontento. En todo cuanto sucedía en Europa se veía el descrédito y rebajamiento de la Francia, desgracia que el gobierno no habia sabido ó no habia podido evitar, y de la cual á veces habia sido autor. En todas partes se veía la mano de Bismarck, que aprovechaba todas las circunstancias para aumentar la influencia de la Prusia á expensas de la Francia imperial. En el fondo, todas las censuras dirigidas contra la política exterior é interior recaian sobre el mismo emperador y sobre su régimen personal como origen de todo el mal. Empezaba ya á faltar á la prensa oficiosa el valor para emprender la lucha en este terreno; y en lugar de defender el régimen personal como ajustado á la constitucion, segun lo habia hecho en años anteriores, empezó á negar lo que no sabia defender, y quiso demostrar que el emperador no podia hacer nada sin consultar á sus ministros y dar cuenta á las cámaras. La convicción de que no podia eludirse ya el régimen parlamentario, y de que los bonapartistas podian darse por contentos conservando el imperio á costa del principio de su existencia, se hizo cada vez mayor en las filas del bonapartismo.

Tambien los efectos de la ley de reuniones contribuyeron en gran manera á aumentar el descontento. Pronto se pudieron oír expuestas en las numerosas reuniones que se efectuaron en los barrios obreros, las teorías democráticas mas radicales que se habian proclamado en los clubs de 1848. Verdad es que la ley no permitia discutir cuestiones políticas ni religiosas, y en rigor debian tratarse únicamente en concepto de la ley cuestiones determinadas; pero la policía se mostró en este concepto muy condescendiente, permitió debates sobre el trabajo en general, sobre el capital y los intereses, sobre la influencia de los monopolios, sobre la educacion y la enseñanza, sobre el matrimonio y el divorcio, y otras cuestiones que dieron á los oradores socialistas, ateos y materialistas abundantísimas ocasiones para desarrollar sus doctrinas. Apenas se notó alguna contra-corriente de parte de los jefes de oposicion mas formales. Personas como Favre, Picard y Simon se abstuvieron de presentarse en estas reuniones porque sabian que no tenian allí admiradores ni partidarios; y si bien pronunciaron discursos durante el invierno de 1868 á 69, procuraron que no les molestaran las turbas obreras, haciendo pagar un franco de entrada y hablando en el local de un barrio distinguido. Los periódicos oficiosos publicaron con gran afán todos los escándalos que ocurrían en las asambleas tempestuosas de los arrabales, evidentemente con el objeto de espantar á la clase media á fin de atraerla de nuevo al imperio, y otros creyeron probablemente que dando libertad á los partidos extremos se podría volver con justicia al sistema opresivo. Rouher sin embargo creía que no tenia importancia ninguna aquella agita-

cion que segun él no conmovia mas que la superficie, conservando la gran masa de la poblacion su excelente disposicion de ánimo. Esta seguridad optimista era tanto mas extraña cuanto que muchas segundas elecciones habian dado á la oposicion nuevos triunfos en los departamentos, y hasta en el Jura, donde no habia grandes temores, habia sido elegido Julio Grevy por 22,000 votos de 32,000. Del emperador apenas se hablaba; habia envejecido evidentemente, y su interés en los asuntos públicos ya no era el de antes.

Rouher se cuidaba de todo, y su cuidado principal consistía en apartar del soberano toda influencia que pudiera hacer peligrar la suya.

El imperio se hallaba evidentemente en una grave crisis. Todas las concesiones á la oposicion que se habian hecho desde el 19 de enero habian contribuido, como dijo con razon Prevost-Paradol, á soltarle la lengua mas que á remediar sus quejas. Nadie tenia confianza sólida en el porvenir. Se veía al emperador juguete de diversas corrientes de opinion,



Forcade de la Roquette (segun fotografia)

sin voluntad propia, y dependiente de la emperatriz y de Rouher, cuya repugnancia á la política de reformas era conocida. Para despertar la confianza en un mejoramiento de la situacion habria sido menester volver á los principios parlamentarios y nombrar ministros cuyo pasado hubiese sido una garantía del porvenir; mas para esto apenas podia servir ya Ollivier por haber perdido muchísimo terreno en la opinion pública, terreno que no reconquistó tampoco con su obra sobre el 19 de enero, publicada en marzo de 1869. Únicamente Thiers con sus amigos del tercer partido hubiera podido acaso adquirir la autoridad necesaria. Los pequeños medios de los cuales se echó mano para ganar otra vez las simpatías de los obreros no pudieron dar ningun resultado eficaz, y no obstante el emperador dió mas importancia á las simpatías de esta clase que al juicio de la clase media, en lo cual demostró todavía algo de su antigua iniciativa. Habia tomado parte con su bolsillo particular en la ex-

posicion universal de 1867, en la construccion de habitaciones obreras, y le ocupaban toda clase de proyectos para extender los seguros contra los accidentes y contra la vejez. A excitacion suya se abolió la disposicion injusta del código de Napoleon que daba fuerza testimonial á la declaracion del burgués que manifestaba el jornal que pagaba (1). Pocas semanas despues convocó una comision que discutiera la abolicion de las libretas de los operarios, abolicion que pedian con grandes instancias desde algun tiempo las clases obreras. Tan grande fué el interés que manifestó en esta ocasion que él mismo presidió la sesion final de la comision y pronunció en esta ocasion un discurso que publicó en el *Monitor*, cosa que nunca habia hecho antes. Creyó que si bien no conseguiria desarmar todo el odio con su política favorable á la clase obrera, sacaría en cambio nueva energía para

(1) Helie, pág. 1247.